

Rebeliones en Oriente. Muerte de Josías

Las fiebres puerperales de Israel, síntomas de los grandes descubrimientos de la humanidad, eran tan intensas, que cada crisis acababa por una muerte aparente, seguida de resurrecciones imprevistas.

El ideal soñado por los profetas era una paz sin huella alguna de aristocracia militar y dedicada a emprender reformas sociales. El estado general del mundo era cada vez menos propicio para tales utopías. Mien-

tras se fundaba la Thora en Jerusalén, bajo la doble influencia de Josías y Jeremías, ocurrieron gravísimas revoluciones en el Tigris y en el Éufrates. Nínive había conservado su supremacía sobre el Oriente durante los reinados de Manasés y Amón. Asurbanipal sucedió a Asarhaddón y representó en su plenitud el ideal del rey de Asiria, poderoso y cruel al mismo tiempo. Los medos, aunque amenazadores, todavía eran sólo un punto negro en el horizonte. El feudalismo asirio ocupaba entonces la extensión más grande que jamás había alcanzado una aglomeración de hombres o un poder central.

Nahum, en 750, anunció la ruina de Nínive, con aquella alegría secreta que llena el corazón del judío cuando entrevé la caída de sus enemigos. Nunca se engañará quien prediga la muerte de las obras humanas. Después de veinticinco años se realizó el oráculo de Nahum. Asur-Edil-Ilari, sucesor de Asurbanipal, fue el último rey de Nínive. El imperio asirio, debilitado ya por los medos, fue derribado por los escitas. Nínive sucumbió en un día. Mosul se edificó al otro lado dejando intacto un enorme campo de ruinas que reservaba a la ciencia moderna tan prodigiosas sorpresas.

La destrucción de Nínive ocasionó en los asuntos de Siria las consecuencias que habrían podido suponerse. Babilonia concentró toda la fuerza de acción del viejo Asur. Los medos no tuvieron aqueunde el Éufrates influencia apreciable. Parece que los escitas invadieron los valles del Orontes y el Jordán, pero sólo para destruir. Babilonia recuperó la importancia que Nínive le había arrebatado durante cerca de siglo y medio. Ya en tiempos de Ezequías, Merodach-Baladán, virrey de Babilonia, influyó en los asuntos de Palestina. Una vez desaparecida Nínive, Nabopolasar, general asirio que se había proclamado rey de Caldea, fue durante quince años amo supremo del Oriente. El reino de Judá reconocía su superioridad. Josías se consideraba comprometido con él en el momento en que le veremos perderse por no abandonarle.

Lo complicado del mundo de entonces imposibilitaba la neutralidad de un pueblo tan pequeño, rodeado de congéneres que podrían haber sido sus aliados, pero estaban separados profundamente de él por el odio religioso. Si el imperio ninivita o el imperio caldeo hubieran durado tanto como el aqueménida, es probable que el pequeño reino de Judá se hubiera resignado al tributo y a una posición militar subalterna. Pero las masas que chocaban a su alrededor eran demasiado grandes para dejarle vivir con tranquilidad. La situación geográfica de Palestina no era propicia al papel pacífico soñado por sus profetas.

Egipto, a lo largo del reinado activo de Psamético I, había aceptado todas las influencias exteriores. Nechao II, hijo de Psamético I, impulsaba a su país por el camino de las grandes empresas, del comercio, de la navegación, en el que habría podido prestar a la civilización grandes servicios. Pero la conquista de Siria, eterna tentación de los soberanos de Egipto, superó las demás miras ambiciosas. Nechao tenía una marina considerable que le abría las costas de la Fenicia, y a su sueldo, numerosos mercenarios griegos que daban a sus hordas líbicas y etiópicas una solidez que hasta entonces les había faltado. Parece que el plan de la expedición fue atacar a Siria por el centro. En la primavera de 609, el

grueso de las fuerzas egipcias desembarcó al pie del Carmelo y penetró, sin resistencia, en las tierras del antiguo reino de Israel.

Josías se consideraba rey de aquellas comarcas. Parece que antes de entrar en campaña le había avisado Nechao que no le atacaba a él, y le había invitado a estarse quieto.

Pero Josías obró lealmente; era vasallo de Babilonia y creyó que se debía oponer al paso de Nechao. La llanura de Megiddo era, en cierto modo, la llave de Palestina. Allí se libraron siempre las batallas que decidieron la suerte del país. Josías se dirigió allí, se batió y fue vencido y muerto en la pelea. No tenía más que treinta y ocho años. Sus soldados recogieron su cadáver y lo colocaron en el carro real para llevarlo a Jerusalén. Fue enterrado en el jardín de Uzza, en la gruta sepulcral de sus antecesores Manasés y Amón.

Los pocos datos históricos que tenemos de aquella época no nos permiten conjeturar nada sobre el acto que acabó con la vida de Josías. El carácter de aquel soberano, que hizo tan gran papel en la historia del mundo por su influencia religiosa, nos es casi desconocido. Dócil en religión a las opiniones de los profetas, ¿siguió también sus consejos al emprender la funesta expedición que le costó la vida? Temerario sería afirmarlo. Jeremías parece en general contrario a la unión con Egipto, aunque un pasaje del *Deuteronomio* es favorable a Egipto. ¿Cómo los pietistas, que se habían servido tan audazmente de la autoridad de Josías para que triunfaran sus ideas de reforma, cuidaron tan poco de su memoria? ¿Cómo existen tan escasas huellas de él en el *Libro de Jeremías*? ¿Cómo se explicarían los pietistas la muerte prematura e inmerecida de este príncipe perfecto, según Jehová? Para el jehovahista consecuente, siempre tenía alguien la culpa de las desgracias. Difícilmente se podía sostener que la desgracia de Josías hubiera sucedido por su impiedad. El *Libro de los Reyes* indica que Jehová castigó entonces en él los crímenes de Manasés su antecesor.

Herodoto afirma que la consecuencia inmediata de la victoria de Megiddo fue la toma de la importante ciudad de Cadytis. Lo más verosímil es que ese nombre se aplique a Jerusalén, llamada por los pietistas *Gedosa* o *Gedisé* «la santa». Después de la batalla de Megiddo, Jerusalén quedaba abierta para Nechao, que no entró en ella porque no quiso. Hubo, de todas maneras, grandes tumultos. Al conocerse la muerte de Josías, el pueblo proclamó a uno de sus hijos menores de veintitrés años, hijo de la reina Hamoutal, que parecía ofrecer más garantías al patriotismo que Eliaqim, de veinticinco años. Tomó como nombre regio el de Joachaz (*adoptado por Jehová*). Se desconoce el por qué no agradó a los *anavim*, pero no tuvo tiempo para desarrollar esa antipatía. Se desarrollaban en Oriente graves sucesos. Parecía que iba a cambiarse el eje del mundo y que Egipto estaba próximo a heredar la hegemonía de Asiria.

Nechao, una vez librada la batalla de Megiddo, siguió su marcha triunfante hacia el Norte. No pasó del Éufrates, pero en Siria la dominación egipcia fue más sólida que nunca. Durante el regreso se detuvo Nechao en Ribla, cerca de Hamat, punto central donde todos los invasores de Siria establecían su cuartel general. Allí fue homenajeado por los soberanos vasallos suyos, entre ellos Joachaz. Nechao lo recibió mal, lo

destituyó y nombró en lugar suyo a Eliaqim, hijo de Josías y Zebudda, que al subir al trono tomó el nombre de Joiaquim (*llevado por Jehová*). Joiaquim parece que fue impopular. Se le consideró tanto un producto de Nechao, que se supuso que debía al conquistador egipcio tanto su nombre real como su trono. Algunos indicios hacen pensar que Jerusalén sufrió la afrenta de una ocupación egipcia. Se impuso a Judea un tributo de cien talentos de plata y uno de oro. Joiaquim sacó este dinero del país gravando a los ricos en proporción a su riqueza. Nechao volvió a Egipto con las riquezas de Siria, habiendo cautivado al desventurado Joachaz, que murió al poco tiempo en el destierro.

Durante tres años sufrió Siria la dominación de Nechao. Joiaquim parece haber vivido perfectamente sumiso todo aquel tiempo. Una parte considerable de la opinión de Judá era favorable a Egipto. Joiaquim y la nobleza sólo pensaban en proporcionarse muebles y carruajes egipcios, que eran de gusto exquisito. A la austera escuela de los profetas le disgustaba esto profundamente. Cada vez odiaba y maldecía más a Egipto.